

Esta novela está inspirada en la vida de María Pérez Lacruz, «la Jabalina». Su biografía se expone en el libro de Manuel Girona titulado *Una miliciana en la Columna de Hierro, María «la Jabalina»*, editado por la Universitat de València.

Los datos de esta novela que no estén recogidos en el texto de dicho autor son producto de la ficción literaria y toda referencia que coincida con la realidad es fruto del azar.

... lo sentí entre mis brazos, tiernito, lleno de boca y de ojos y manos; durante mucho tiempo conservé en mis dedos la impresión de sus ojos dormidos y el palpar de su corazón. ¿Cómo no iba a pensar que aquello fuera verdad?

Pedro Páramo. Juan Rulfo (1995)

... pues si militan en el marxismo de preferencia psicópatas antisociales, la segregación de estos sujetos desde la infancia podría liberar a la sociedad de la plaga tan temible.

La locura y la guerra: psicopatología de la guerra española. Antonio Vallejo-Nágera (1939)

Fue como si la vergüenza debiera sobrevivirlo.

El Proceso, Franz Kafka (1925)

·1939·

La acera de sombra

Mayo de 1939. Centro de detención provisional, Sagunto.

Si tuviera con qué escribir, haría un diario de todo esto, como de chiquilla cuando la República, para que nadie se olvide de lo que nos ha tocado aguantar, encerradas como el ganado en este almacén del demonio. Intento distraerme y repaso mis cicatrices con el dedo, pero algo me tira hacia dentro cuando me toco la piel, el cuerpo se achica, se escurre, como una cría que escapa contra la verja del corral cuando sabe que le ha llegado la hora.

Será que pronto van a abrir la puerta del almacén como cada noche. Nos aturdirán con su golpe de luz y yo querré hacerme chiquitica, dejar que me tapen las otras presas.

Repaso mis cicatrices y así no pienso. Si paso los dedos por la cadera, encuentro los hoyicos que dejaron las veinte grapas de la metralla, cuando me sacaron del frente en ambulancia. Si luego repaso la muñeca, la piel está ya lisa y es otra herida la que busco, «piensa en mí cuando la mires, mi amor», y me estremece oír la voz de mi novio como si me cortara otra vez con su navajita, aquel arrebato que le dio y esa raja que nos hicimos en las muñecas para la despedida, «mira tu cicatriz, y mi cicatriz lo sabrá enseguida». Cierro los ojos y aparece delante de mí con su voz de locutor y su cuerpo desmedrado, inquieto, antes de ponerse el uniforme y salir para el puerto de Alicante. Si me pellizco la muñeca parece que está vivo en algún lugar de Rusia, pero la cicatriz ya se nota poco, apenas un grano de arroz bajo la piel que se deshace cada día, como las huellas de arena que lamen las olas del malecón. Al principio, la raya cogió un color vino que me duró en la muñeca todo el mes de abril, mientras aun esperaba una carta suya. Un surco hacia arriba, como una sonrisa. Después, nada. Ahora no sé si la veo o es un puro re-

cuerdo, igual que los días que dormimos en aquella pensión. Recuerdo el café americano, el somier gritón, su uniforme de teniente y sus ojos temblones cada vez que callaba y me miraba tieso, al acabar el parte de guerra o el baile agarrado. *Madrid qué bien resistes, mamita mía*, si ahora me ponen esa copla, me dan la peor paliza.

Hace ya un mes que nos tienen aquí muertas de hambre, con la cabeza como un campo de alfalfa y quitándonos las liendres unas a otras. Pero yo tengo que aguantar porque no quiero ser menos que las otras. La pobre de Anita es dura como un pedernal, hoy han vuelto a traerla de mala guisa y no ha soltado ni una lágrima. Enseguida ha venido a buscarme porque sabe que le acaricio la cabeza y no hago preguntas; la tapo con la manta que ha traído madre y espero hasta que se duerma. Me gusta pasarle la mano porque el contrapelo me hace cosquillas; la cabeza rapada enseña mejor el remolino que tiene en lo alto, al lado de la calva que se le hizo cuando cayó en la lumbré, de chiquilla.

Hoy ha llegado paquete de madre y hemos comido alguna cosa. No es que fuera suficiente, pan de higos y una naranja medio podrida, pero las penas parecían menos con el hambre distraída. Más de lo que puede traer, la pobre, un día sin nada en la boca, como si lo viera. Lo he repartido entre todas, cualquiera se traga esos ojos mirándola a una. Anita también recibió paquete el otro día y fue lo mismo. Ahora se ha dormido por fin con la cabeza en mis piernas, pobrecica, gemía muy callado, como un animal herido, todo era decir que no, que nada, pero los guardias la han traído descompuesta al rato de llamar para interrogarla, los ojos enrojecidos y las piernas temblonas que casi venía a rastras, como yo cuando quisieron hacerme lo mismo en el Ayuntamiento. Si le preguntaran, ella ni mu, pero ya ninguna se atreve a abrir la boca, yo le acariciaba la cabeza y les hacía señas para que mirasen hacia otra parte, sentía los pinchitos del pelo que ya le sale nuevo, si no estuviera al ras le había hecho unas trenzas. Los requetés de tarde se relamían con ella, que ni

con chinches ni ojeras ni palos por todas partes nos quitan el ojo, ¡habrase visto! Yo me libré de milagro ahí arriba, en los sótanos del Ayuntamiento, ponían el motor en marcha para que no se oyeran las palizas y hala, ¡ancha es Castilla! Me querían sacar a palos una confesión y visto que no podían, me arrancaron hasta los paños menores, venga la juerga los malparidos, menos mal que me entró la náusea y allí mismo les eché hasta las tripas. Ahora en el almacén parece que no entran, pero quién sabe si los perderé de vista, me la tenían jurada, quién sabe por qué.

El caso es que la náusea se me ha quedado puesta y a poco que haga me acompaña; ahora ha sido ver llegar a Anita y hala, casi echo el poco pan y la naranja que era un puro ardor, ¡qué desgracia este asco permanente!, y la Petra dice que no, ojos de preñada dice que tengo, que no me figuro yo de dónde se lo saca, porque he llorado tanto que se me han debido aguar. Para mí que es el asco del primer interrogatorio y esta debilidad del ayuno, que todo lo echo, basta que abran la puerta para buscar a otra nueva con la que divertirse o que suene una nueva descarga en el cementerio y ya me tengo que sujetar las tripas. Dentro de poquito vendrán y habrá que aguantarse.

Si madre se enterase de los ojos que llevo... pobrecica, me ha dicho el guardia que llevaba desde las siete en la puerta, ya ves tú, qué poco les costaba no haberla tenido ahí un día entero, ¡serán canallas! Menos mal que el día estaba bueno, desde el ventanuco que tapan con rejas entra un cielo que es gloria de ver; y a veces los chicos juegan en un descampado que hay en la parte de atrás y se les oye como a los pajarillos. Todavía no saben sus padres que este almacén no guarda ya fruta, sino mujeres rojas. Si no fuera por el calor que nos pega la ropa a la piel, si no fuera por los piojos que nos devoran, la picor y la náusea y el dolor de huesos, si no hubiéramos caído en manos de estos sinvergüenzas quizá hasta me alegraría del tiempo y del olor que trae el campo en verano y de las risas de esos pobres niños que aun no han visto la cara amoratada que llevamos.

Madre no falta al paquete, la pobre, martes y viernes junta unas perras y se hace con unas lentejas o una manta o una punta de jamón con más hueso que chicha pero que se deja mordisquear día y noche y hasta una semana. Si tuviera un poco más, el guardia, hasta le dejaría entrar a verme, pero quién piensa en siete pesetas, con la mitad tiene que llenar cinco bocas todos los días.

Anita ha pegado un respingo pero no parece despierta, se menea como un ratón atrapado, y son estos cabrones, que ni en el sueño la sueltan. Si le acaricio la cabeza, para, ¡cómo le pincha rediez! Hacia la frente va suavemente, hacia atrás, se le pone de pie, pica-pica el contrapelo y en lo alto, un remolino. Mientras pueda ayudarla ya valgo para algo, que a la primera paliza no valía para nada y es lo que buscan, dejarnos medio muertas, como escoria, que reculemos y alguna se pase al otro bando. Buscan la buena chivata, como la Rosario, la han hecho tan criminal como ellos y dice que sí a lo que le pongan enfrente: fosfatina los huesos y a firmar disparates. Allí pasa el día como una alimaña, pegadita a la puerta, no sea que nos la comamos viva y no les de tiempo a los guardias a socorrerla. La única que no han tocado desde que vine, ¿cuánto será? Un mes lo menos, y todas las noches lo mismo, el *Cara el sol* o el *Oriamendi* según sean requetés o no los guardias, después recuentan y hala, siempre algún falangista a divertirse con la que se le antoje: somos tantas que es para hartarse. Hoy todavía vendrán, que solo de día respiramos tranquilas hasta la noche siguiente. El rancho diario también marca el paso, si no es el caldo terroso del almuerzo, es el aguachirle para el desayuno al que llaman café, empieza y acaba y empieza y acaba, los días se juntan y alargan y nunca son una buena noticia.

Ya me ha venido el asco, si es que no falla, ¡rediez! A ver si la Petra va a estar en lo cierto y la falta que llevo no es del susto, ojos de preñada dice, si mi madre me hubiera visto lo sabía enseguida, ¡menuda es ella para esas cosas! Pero quién saca siete pesetas para una visita, casi mejor así, no sea que padezca la mujer más de la cuenta.

Suenan las campanas de Santa María, las doce ya, todas callamos porque el oído busca un ruido en la puerta, unas botas sobre la gravilla, nadie nos mira ahora porque Anita jadea bajo la manta tal cual un ratón y todas han visto cómo venía. Ella duerme porque ya no va hoy en la lista, al menos esta noche, y la sorna de los guardias llegará enseguida, hala rojillas, salid deprisa las que llame. Si estiro la manta casi nos llega a las dos, que con ser junio bien la necesitamos cuando se pone el sol, más de una tiembla y no es de frío, sino de espanto, o de fiebre, que se ha pedido un médico y no lo quieren traer, menudo cuento tienen estas rojas de mierda, pero la cosa es que no soy yo la única que está mal de las tripas.

No sé si es un camión en la puerta o lo imagino, nadie habla ni se mira pero el camión, juraría que ha sonado un motor y se apaga ahora, la lista puede llevar hoy mi nombre y justamente hoy, que Anita me necesita, los guardias se lanzan alguna orden pero no la distingo, en cualquier momento va a ser la puerta y la lista pero mi nombre no, «María Pérez» no, al menos esta noche, todavía no, y nadie nos mira, ninguna quiere ver a Anita bajo la manta, y el chusco que guardo todavía se lo tendré que dar si me llaman, solo es cerrar los ojos y que no llegue mi nombre, «Pérez Lacruz, María», me lo comeré cuando hayan salido si se va este asco y se me calma de una vez este ansia viva.

—Las que nombre salid rápido, ¡a ver si acabamos pronto!
Felicidad Doñate,...

Octubre de 1939. Calabozos del Gobierno Civil, Valencia.

En la calle San Vicente, antes Largo Caballero, una mujer menuda y callada se abre paso en el tranvía y baja. Parece rondar los cincuenta, pero no los ha cumplido. En el escalón aprieta contra su cuerpo una cesta que trae desde el Puerto de Sagunto. Lleva castañas, pan de maíz y una ración de lentejas aguadas en una tartera de zinc. No debe derramarse ni una gota. Cuando el tranvía se aleja con su vocerío y su

rechinar de hierros, ella mete la mano en la cesta y sonríe, a pesar de la hora y pico de trayecto hasta la capital, el tacto del metal aun es tibio.

Levanta la cabeza y se arregla la toquilla negra sobre los hombros mientras respira hondo. La mañana de noviembre ha salido limpia y el aire no se enfría nunca en Valencia hasta entrado el noviembre.

No quedan lejos los calabozos del Gobierno Civil, a paso normal unos diez minutos. Pero ella siempre lo hace en seis, desde que trasladaron a su hija a la nueva prisión ha venido todas las semanas. Aprieta el paso y frunce el ceño, como si no faltara una hora larga para encontrarse con ella en la visita de las diez, ¡pero qué lástima si pierde la cabeza de la fila y la tartera se queda fría en la humedad del patio!

Acelera, no sabe ir de otra forma y lo ignora. Está hecha a correr de un sitio a otro desde siempre. Corría ya en el 23 para dejar Teruel por Sagunto y levantar una familia, corrió cuando los bombarderos italianos abrieron El Puerto en pedazos y qué otra cosa ha hecho, sino correr, desde que le arrestaran a la María en el mes de mayo.

María.

San Vicente, plaza de la Virgen y dejar la catedral a mano izquierda hasta el río. Sabe el camino de memoria, lo toma siempre por la acera derecha, la que está en sombra. Y María encerrada, sin ver el sol. Preñada que está de siete meses y encima en Valencia, con lo que cuesta venir a verla hasta allí. Le dice en las cartas que sí, que toma el aire de dos a seis, que la llaman «La Jabalina», como si aun estuviera en El Puerto, que lo pasa aburrido porque andan por el patio sin ocuparse en nada. Hijica. «Aburrido», dice.

Echará de menos al Pedro, y a ese tal Rico, como si no la hubieran complicado ya bastante. El Pedro bien formal que era ¡Dios sabe dónde andará! estaría colocado ahora en la fábrica si no hubiera llegado la guerra, y bien que la quería a su María, de corazón. Pero tuvieron que llegar esos de la CNT con el tal Rico a la cabeza, ¡menudo sin conciencia!, «el pan

para el pueblo», «la tierra para el que la trabaja», y les sorbieron el coco a todos; hasta María se fue detrás vestida de hombre y con ideas de hombre.

La mujer menuda y callada aprieta la cesta y acelera el paso, puede que alcance Gobierno Civil en tres minutos apenas. Ha empezado a sudar bajo la toquilla de lana negra y se para en la juguetería Miralles para aliviar el sofoco.

Hay una muñeca nueva en el escaparate y no es fácil pasar de largo. Si supiera leer, le diría a su María el nombre que lleva puesto en un cartón con letras doradas. Lleva su vestido de comunión en muselina blanca con las mangas de globo y trae hasta una cadena con su medallita, quién tuviera los cuartos que piden en el cartel dorado. Su María estaba tan guapa en la primera comunión, con el traje de franela que le prestó doña Amparo y ese color tan bueno que traía en la cara a lo primero de llegar a El Puerto. Aquello sería antes de venir el rey Alfonso, ¡qué tiempos cuando el rey Alfonso!

La mujer se santigua y piensa en la criatura que va a venir para enero, si es que resiste los interrogatorios... Dios mío, su hija está de siete meses y a ella le han dicho que no respetan ni a las preñadas, aunque María siempre es que no, no fue nada madre, nada, no llore usted, que se me va a poner mala, y si fuera niña lo que lleva en el vientre, Isabel tendría que llamarse, como se llama la abuela.

Isabelita.

Al retomar la marcha hacia el río, la mujer levanta los ojos al cielo y sigue el vuelo agitado de los estorninos, su baile alegre sobre las azoteas la embelesa un instante. Los hay a miles, parecen dibujar una flecha, se arquean, giran, un corazón. Isabel aprieta la cesta y sonríe, lo tomará como una señal de San Cristóbal.

En la puerta de Gobierno Civil, la cola ya casi dobla la esquina. Santo cielo, qué muñeca tan hermosa, se lo contará a María si puede, las visitas pasan tan rápido que siempre se le olvida la mitad de lo que trae preparado.

Ocupa su sitio y comprueba la tartera con las lentejas, es-

tán ya casi frías. También le hablará de los estorninos; ¡vaya señal: una flecha y un corazón! le ha dado una corazonada que no sabría explicar, un calor grato que le sube hasta la cara y le dibuja una sonrisa sin querer.

La gente avanza a pequeños pasos. Isabel se deja llevar por su silencio, como tantos otros en la cola, se retuerce las manos y repasa las horquillas del moño. Lentejas y pan de maíz. Mira de reojo a los otros familiares y no encuentra a la mujerona rubia de Frías, la que tiene al marido encerrado un mes, ya no hablaban tanto como las primeras veces, pan de maíz y castañas, ¿sabe usted? de siete meses está ya mi María. Con la marcha de las semanas, el desahogo de la charla había ido quedándose en un intercambio breve de cejas en alto y la sonrisa tibia había pasado a ser un tímido borrón en la cara. Frías de Albarracín, tan cerca de su Jabaloyas. ¡Señor! llévame pronto si no llega hoy la mujerona, ¡bien saben todos lo que significa eso! Sin embargo, el señor elegante ya ha llegado, qué flaco parece sin el abrigo oscuro que trae todos los días, lo habrá tenido que empeñar. El día que echan a alguna con la ración en la mano, solo el señor elegante se quita el sombrero y la mira a la cara, ¡menudo valor, Dios santo! Qué ratico tan malo cuando dejan la cola y nadie dice nada.

Ya entra en el edificio y puede sentir más cerca el frescor de la sombra en el muro. Recoge la toquilla sobre los hombros y espera. En el pequeño patio rectangular, el flanco izquierdo está hundido aun por el impacto de la última bomba. Los pasillos oscuros repiten el taconeo de los funcionarios, que suena de una forma hueca, siniestra, y se mezcla con el olor a humedad y orin que no se disipa con el mediodía. Cuando llega su turno, un guardia la deja acercarse a la mesa de la entrada.

—Isabel Lacruz, madre de María Pérez Lacruz.

Detrás de sus gafas redondas, un individuo enjuto anota su nombre con indolencia en una ficha. Es un cuarentón amargo y protocolario de raya al medio y bigote impecable, con un hociqueo nervioso que se dispara ante cualquier im-

previsto. Cuando las cosas van bien, el tic del funcionario sirve para el desahogo y la chanza de los que le observan desde la fila, pero si algo se tuerce de improviso, las muecas del funcionario echan a temblar al grupo entero.

—María, Pérez Lacruz María.

Le hace un gesto seco a su secretaria para que busque el expediente entre las pilas de papeles que cubren la mesa y después arruga la boca. La secretaria repasa con destreza una lista mecanografiada que sujeta entre en las manos, lleva un moño apretado en la nuca y asoma la lengua a los labios sin carmín, los dedos se mueven ágiles como gorriones.

—Pérez, ha dicho...

—Pérez Lacruz, sí, señorita.

La mesa está cubierta de ficheros que chirrían al abrirse y papeles que se apilan sin orden aparente, un flexo de latón se inclina y abre un pobre círculo de luz sobre ellos. De pronto, un soplo de aire frío hace temblar los documentos y la chica se lanza para sujetarlos en una postura grotesca, el hombre tamborilea en la mesa hasta que se reincorpora y sigue.

—No figura, señora. —Su tono es expeditivo, la secretaria la mira mientras niega con la cabeza y junta los hombros—. Su hija no está en la lista de hoy.

—Compruébelo usted, ¡hágame el favor!, que hoy era el día, a las diez. ¡Estoy segura!

—... Pérez ha dicho, ¿no? —La secretaria reanuda tímidamente la búsqueda.

—Pérez Lacruz, María. Pérez Lacruz. Del Puerto de Sagunto. Desde mayo que está arrestada, y está de siete meses, quizá la tengan en la enfermería. Míremelo, reina, que usted es un alma buena, ¡por lo que más quiera!

Isabel siente que las piernas no le van a aguantar y apoya las manos en la mesa. Fija los ojos en la lista que está repasando ahora la secretaria, quisiera que los demás familiares no permanecieran detrás de ella, que no vieran sus brazos tensos como cuerdas, la espalda que ya no es su espalda, sino un fardo lleno de piedras, quién lo resistirá más tiempo si no

le dan cuenta de su María, ¡por Dios, la María y la criatura, que tiene que llegar bien!

—¡Basta! —corta el funcionario, la barbilla en un tembleque rápido—. ¡Aquí no está, ya se lo he dicho! —Censura con los ojos a la chica, que para de buscar, y hociquea ya de forma brusca—. Váyase a casa, señora, su hija no está en la lista, ¿siguiente?

—Han vuelto a castigarla, ¿es eso? —Isabel se acerca tanto al hombre que puede sentir el aroma sofocante de su gominina, el peinado le brilla bajo el flexo como la coraza de un insecto—. ¡No se me eche usted atrás, que no muerdo!

Las piernas ya no son de carne y las siente deshechas como terrones blandos sobre el suelo, si sus ojos pudieran estar aun en la fila, entre los que callan ahora, ¡un día más!, le ha tocado tantas veces buscar el alivio desde allí, esquivar la escena y entretener la mirada en el suelo o en el último botón de la chaqueta, una más en la fila y María a salvo, como hasta esa mañana.

—El mes pasado le dieron cubo, ¿no lo llaman así? ¡Criminales! ¡Mal cubo les diera yo a todos! ¡Y mala muerte que tuvieran!

Las botas de los guardias ya se acercan, llenan la respiración quieta de toda la gente en el patio, ahora será darse la vuelta y comprobar que nadie la mira más que el señor elegante, la de Frías ni siquiera habrá llegado y el señor sin el abrigo la va a romper en dos cuando la vea pasar, ya se habrá quitado el sombrero con las manos temblonas.

—¡Víboras! No puedo irme sin verla, ¡mi chica está esperando para enero! Si no le llega su rancho... ¡tiene que comer para dos! ¿no lo entienden? ¿que no está bien mi hija, ha pasado alguna desgracia? ¿Y la criaturica? ¡¿Qué habéis hecho con la criaturica?! —Agita la cesta hacia el hombre y los guardias de la entrada ya la tienen agarrada por detrás, la llevan hacia la salida y haciéndole daño, pero ella aun no lo siente—, ¿es que no tienen alma en el pecho? ¡Asesinos! al infierno que iréis todos, ¡sanguijuelas!

Cuando pasa delante del señor elegante, el guardia ya ha dominado sus empellones. Isabel desvía la mirada y se limpia el manchón de las lentejas en la falda, que se han derramado de su tartera. Se apoya en la fachada de la calle y deja que las piernas cedan hasta quedar sentada. Se quedará allí mismo, frente al desfile somnoliento de los familiares en la cola, que desvían los ojos hacia otra parte, sus pasos breves los mira ya sin ver, las noticias corren rápido y lo sabe, casi tan rápido como la angustia. Alguien sabrá decirle de su María, alguien que salga y sepa; siempre pasa, mi chica me dijo que se habla de tal y cual, alguno saldrá con noticias, y los estorninos, eso sí estaba claro, hacían una flecha en el cielo, una flecha y un corazón. Está viva su María, san Cristóbal se lo ha dicho y no hay nada que temer.